

como decir que Dios no es más que una quimera, una fábula, y, por tanto, que no hay Dios ni existe el Creador?

Importa ciertamente bien poco lo que ellos digan; y la verdad evidente y el hecho incontrastable es que la misma existencia del hombre es la prueba más concluyente y decisiva de la existencia de Dios. El hombre no se ha creado á sí mismo, y, por consiguiente, ¿quién ha podido crearle sino Dios? Si se desea tener una definición de lo que es Dios, desde luego la encontramos en el Símbolo Apostólico, desenvuelto y explicado por el Símbolo de Nicea contra los sofismas y aberraciones de los que negaban tan fundamentales principios. En tan solemne Concilio es proclamado Dios como Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra y de todas las demás cosas, así visibles como invisibles. Ahí está en pocas palabras perfectamente expresada la concepción luminosa y clara de una omnipotencia y de una sabiduría infinitas; porque de no ser así, ¿de qué ha podido Dios crear todas las cosas? Es evidente que las ha sacado de la nada, á ménos de admitir el absurdo de la materia preexistente y coeterna con Dios. Los que dicen ser incomprendible este Dios creador sacando de la nada todas las cosas, y por ese solo motivo no admiten el hecho de la creación, ¿pueden quizá lisonjarse de comprender la esencia y la inercia de la materia, ó la existencia eterna de ella, ó la creación de sí misma, y después produciendo ella y constituyendo el orden del universo y la inteligencia que en él se refleja?

Si, pues, eso es incomprendible, también lo es el comprender que, al crear Dios al hombre, haya podido ser guiado de otro fin que del amor hacia él, ni para exigir de esa obra de su omnipotencia otra cosa que el amor. Cualquiera otra suposición que se haga sobre el particular rebajaría el alto concepto de Dios, le convertiría en un sér inferior en justicia y bondad al mismo hombre, y le argüiría de impotencia en medio de este magnífico espectáculo de la creación, que es obra exclusivamente suya. Todo lo que disminuye y rebaja la dignidad de Dios induce á destruirle y borrarle en la inteligencia del hombre, que dejaría de adorarle y de reconocerle por tal desde el momento en que se le presentase destituido de perfecciones y atributos que se hallasen en las criaturas; de donde se seguiría lógicamente que así el hombre como su inteligencia serían también inexplicables y anonadados, una vez que se prescindiese y se rechazase la idea clara, completa y justa de la existencia de Dios. No quedaría después en el hombre más que un animal inteligente, deteriorado y reducido á espantosa perturbación, ocupado en aborrecer y siendo aborrecido, dando y recibiendo odios que engendran y producen la muerte.

Dios es todo amor, y el amor es la vida; y la continua y habitual expansion del amor de Dios, que es la Vida increada, crea la vida y da existencia á todo sér. Toda vida creada y de origen divino es en sí buena y perfecta, con la perfección propia de su orden y jerarquía, y llena de dotes y de bellezas, da á

quien se comunica virtud y eficacia, que son como el presagio y fundamento de alguna otra vida. Cuanto más elevado y enaltecido se encuentra un sér, mayor vitalidad ha recibido y mayor propensión siente á desenvolver y derramar la vida; y la perfección de la vida no es otra cosa que el amor y conocimiento del Criador, así como la perfección del amor no es sino la adoración del Sér infinito é increado.

Creado el hombre por el amor que Dios le tiene, para que conozca y para que ame con perfección, según la condición de su naturaleza; y creado por el soberano Bien para llegar y elevarse hasta esa perfección y hermosura de vida que brilla en la adoración, ese mismo sér humano, tan digno y tan sublime, ha recibido juntamente de la bondad de Dios la prerrogativa de la libertad, que es el complemento admirable de su naturaleza racional. Con ese esclarecido atributo, el hombre lucha, combate, merece y dispone de un medio adecuado para elevarse al amor y conocimiento de Dios, como en testimonio de su reconocimiento y acción de gracias por haberle dado el sér que tiene. Verdad es que con esa misma libertad, abusando de ella, puede el hombre separarse y alejarse de Dios, y hasta caer en la demencia de negar sistemáticamente su existencia. En sus manos está la resolución y la elección para obrar en uno y en otro sentido; y pudiera decirse que en la libertad que tiene el hombre de poder negar á Dios se ostenta la última y más grande prueba de la Omnipotencia.

Mientras el hombre ama el bien, ve claramente el deber que tiene de ser sumiso y obediente, pues no es otra cosa la obediencia que la forma y la ley del amor; y mientras, empleando su libertad, se aparta de Dios, se pone en el camino de la rebeldía, viola los preceptos de la ley y reemplaza los sentimientos de amor con los que le enseñan á odiar y aborrecer.

Antes de la infidelidad del hombre ya se había visto Dios desobedecido y despreciado, pues á la creación de cosas visibles había precedido un terrible combate en el mismo cielo. Entre las innumerables legiones de Ángeles que allí gozaban de tan deliciosa mansión, no faltaron algunas que fueron rebeldes, y una parte de esos espíritus tan puros, creados para adorar la Divina Majestad, habiéndose dejado vencer del orgullo, simultáneamente se separaron de Dios, perdieron su amor y su divina luz, y desde tan funesto instante quedaron convertidos en horribles demonios, implacables en su odio é impenitentes para volver á la reconciliación amorosa con su Criador. Atribúyese tan lamentable y desgraciada caída, según respetables enseñanzas, á la revelación que anticipadamente se les había hecho de la futura Encarnación del Verbo Divino, por quien ellos habían sido criados (*véase lám. 4*). Conocido que les hubo sido tan alto misterio, desde luego, guiados por los sentimientos de envidia y de orgullo, rehusaron el adorar á ese mismo Verbo-Dios, cuando llegase el tiempo de nacer y de nombrarse Jesús; ó, lo que es lo mismo, cuando se revistiese de la inferioridad y

débil condición de una carne mortal. Este asombroso misterio del amor divino era superior á su inteligencia y excitaba en ellos la envidia; y humillaba su soberbia la sola consideración de tener que adorar en Jesús la naturaleza y condición del hombre, siendo criatura inferior, posterior y de muy baja escala en comparación de su jerarquía angélica. Dada esa resistencia á los divinos é inescrutables designios, los ángeles rebeldes no podían continuar formando la corte celestial de su Rey y Criador, y fueron arrojados de su compañía, y desde aquel momento principió el mal á existir en el mundo, conservando el carácter de tal para siempre. Poder funesto para el hombre, pero, sin embargo, inferior siempre á sus fuerzas, mientras el hombre quiere ser sumiso y obediente á su Dios.

Desgraciadamente, tentado el hombre por las asechanzas del demonio, ha sido también desobediente, ha violado la ley del amor, ha rechazado y ha preferido el desorden y la muerte; y desde ese día tan desventurado de su caída, comenzó, no á confundirse con los animales, pero sí á no distinguirse de ellos todo lo que debía, y á imitar y tomar ciertos hábitos y rasgos repugnantes del sér irracional y puramente animal, que es el carácter que la filosofía moderna atribuye al hombre, olvidando que esas inclinaciones y apetitos bajos y groseros del hombre no los puso Dios en él al modelar tan admirable obra el día de la creación. El día de su triste caída, el hombre pecador se avergonzó de su desnudez, y, para cubrir ésta, ciñó su cuerpo con una

túnica formada de pieles de animales, que desde entonces son á la vista de la stirpe humana el símbolo y emblema de su mortalidad.

Ante el criterio de la ciencia que niega la dignidad de Dios y la del hombre, ese día tan nefasto será el primer grado del progreso y el primer paso que dió el hombre hacia la creación del sentimiento religioso; pero ¡oh! día tan funesto sólo pudo crearle la muerte. Arrojado el hombre de la presencia luminosa de su Criador, y separado de su belleza y hermosura, entró en la confusión de las tinieblas humanas y cedió á sus influencias, que atormentaron cada día más su corazón; lejos de principiar á ser religioso en el camino de degradación, por un efecto de la misericordia divina continuó siéndolo, y no pudo emanciparse del sentimiento vital de la religión. Así como se dice que los últimos objetos que se reflejan en la vista del hombre en el momento de morir quedan en ella grabados para siempre y no se borran jamás, de la misma manera, hasta el umbral mismo de la densa oscuridad adonde el hombre iba á precipitarse por su culpable caída, llevó grabada y sin poderse borrar la imagen y reflejo del Paraíso; y su alma no cesó un momento de levantar un cántico, aunque desfigurado, de las grandezas que había visto y experimentado y de las magníficas promesas que la habían hecho esperar un Redentor (*véase lám. 5*). Aquí, en este remoto origen, ya se aparecía y se declaraba la gracia de Jesucristo, y ella se repetirá y se renovará en parábolas y en

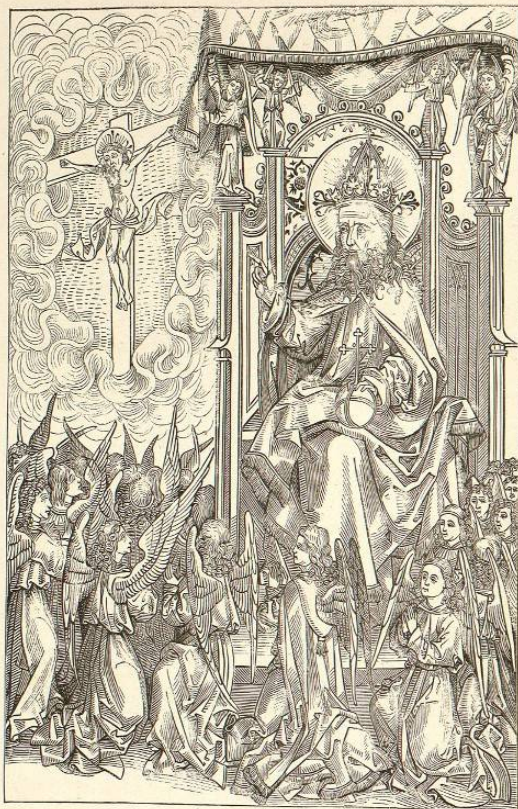


Lámina 4. —Dios revela a los ángeles la futura Encarnación del Verbo; ocasión que de aquí tomaron los ángeles malos para rehusar adorar y reconocer á Dios en la inferioridad de la condición humana.—Dibujo debido á Wohlgenuth, que se halla en una Biblia en compendio, edición de Nuremberg, año 1491.

figuras innumerables, hasta que llegue el día de la inefable realidad.

Prosiguiendo, pues, nuestro propósito, diremos que, no

siendo libre el hombre, no hubiese podido pecar, ni hubiera tampoco podido ofender á Dios; ni la Omnipotencia de Dios hubiera exigido jamás de una criatura sin libertad la plenitud y perfección del amor. Lo que constituye y caracteriza más un dón ó beneficio es precisamente la facultad de poder rehusarle. Dios no podía ni equivocarse al exigir de su criatura lo que la había dado, sin dotarla de la facultad de ofrecérselo libre y meritoriamente, ni tampoco castigar en esta misma criatura una falta ó vicio de organización y de una naturaleza que hubiese recibido de él. De ahí se seguiría que en Dios había error ó injusticia, que era imprevisor, impotente para ejecutar lo que había querido, y no sólo falto de misericordia, sino también de justicia: absurdos y blasfemias que repugnan á la noción de la Divinidad. Si Dios hubiese amado ménos al hombre pecador, no habiendo razón para destruirle y aniquilarle, bajo el concepto de ser una obra mal hecha, le hubiera despedazado como obra rebelde; pero, por lo mismo que su obra es buena y conforme á sus divinos designios, la ha conservado; y por lo mismo que ella es inteligente y libre, y ha prevaricado voluntariamente, la ha castigado; y, finalmente, la ha reparado y redimido por lo mismo que él la amaba con un amor eterno.

En el sacrificio del altar, el sacerdote, echando en el cáliz el vino que ha de convertirse en sangre preciosa de Jesucristo, y mezclando algunas gotas de agua, en figura y representación de la naturaleza humana que tomó el Salvador, pronuncia estas ad-

mirables palabras : «¡Oh Dios, que maravillosamente habéis »criado al hombre en un estado tan noble, y todavía más admirablemente le habéis restablecido á su primitiva dignidad, concedéndonos, por virtud del misterio que representa esta mezcla de »agua y vino, el que podamos algún día ser participantes de la »divinidad de Aquel que se ha dignado revestirse de nuestra hu- »manidad, que es Jesucristo, Hijo vuestro y Señor nuestro!»

Dios, que ha reparado su criatura caída, ha confiado la obra de reparación al Verbo Divino, por el cual había sido criada, á ese Verbo que está en él desde el principio, engendrado y no hecho, por el que todas las cosas han sido hechas y sin el cual nada existe de lo que ha recibido existencia. Esta reparación ha sido una nueva creación : el Verbo se ha hecho carne, ha tomado la figura y la ignominia del pecado, se ha sujetado á la muerte, que era la pena de la culpa, y por medio de su sacrificio ha destruído la muerte y restituído la vida, satisfaciendo así al mismo tiempo á la justicia y al amor ofendidos. Ese mismo Verbo era Dios verdadero; porque ¿qué otro más que un Dios hubiera podido reparar la obra de Dios, satisfacer á la justicia de Dios y llenar cumplidamente los fines del amor de Dios?

El hombre ha conocido todas estas verdades que esclarecen su razón y le dan la clave para descifrar el misterio de su vida; las ha conocido, no por haberlas él descubierto, sino porque le han sido reveladas por el Verbo Divino, y después explicadas

bajo la inspiración de ese Verbo, cuya voz no se calla jamás. Hé aquí lo que ya escribía, hacia el fin del primer siglo del Cristianismo, tanto en calidad de profeta como con el carácter de testigo é historiador, un hombre que había sido un pobre



Lámina 5.—Dios echa en cara á Adán y á Eva su pecado y les promete el Redentor.—Fresco de Flandrin que se conserva en la iglesia de San Germán de los Prados, en París, y data del siglo actual.

barquero del lago de Tiberiades, y cuya cabeza había tenido la dicha de reposar y descansar sobre el pecho de Jesús:

«En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Era el Verbo el que estaba en Dios desde el principio. Todas las cosas han sido criadas por Él, y nada de lo que ha sido hecho se ha hecho sin Él. En Él estaba la vida,

y la vida era la luz de los hombres; y la luz brillaba en las tinieblas, y las tinieblas no lo comprendieron. El Verbo es esta luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. Él estaba en el mundo, y el mundo fué hecho por Él, y el mundo no le conoció. Vino Él á su propia casa, y los suyos no le recibieron; pero Él ha dado á todos aquellos que le han recibido el poder de ser hechos hijos de Dios : aquellos que creen en su nombre, los cuales no han nacido de sangre, ni por voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino que son nacidos de Dios. El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, lleno de gracia y de verdad; y nosotros hemos visto su gloria, que es la gloria del Hijo único del Padre.»

¡Qué página tan admirable! ¡Qué puerta tan luminosa para entrar en la claridad de Dios! Bossuet decía acerca de otro lugar del mismo Evangelio : «Vosotros encontraréis ahí abismos que hagan temblar.» Aquí es la evidencia la que salta del seno de los abismos y la que rompe el enigma del hombre y de Dios, á la manera que el sol ardiente disipa la noche. La humanidad no se ha engañado ahí; al resplandor de esta luz divina ha sentido reproducirse instantáneamente en sus mortales ojos la visión del Paraíso; ella ha reconocido en seguida, aunque no enteramente, á aquel Dios que la había hablado en los días de su inocencia, cuando todavía habitaba en su cuna de flores, y ella ha sabido que había venido el Redentor y que había dado á los hombres «el poder de ser hechos hijos de Dios.»

Pero la luz brilla en las tinieblas, y éstas no la han comprendido; y Aquel por quien el mundo ha sido hecho ha venido al mismo mundo, y el mundo no le ha conocido. El mundo tiene necesidad de que se rechace la homicida locura que aconseja á los hombres el rehusar hacerse hijos de Dios, diciéndoles al efecto que Jesucristo no es el Hijo de Dios ni el Redentor del mundo; que Dios no tiene Hijo, y que el mundo no tiene necesidad de Redentor.